

Camisas y coctel

Don Emilio Romero dice en "Pueblo":

"El tema vidrioso del célebre Punto 27 de la Falange histórica, que fue suprimido en aquella Salamanca de la guerra, ha sido abordado intrépidamente por el vicepresidente, seguramente porque falangistas de buena fe pretenden restaurarlo. Aquel Punto se refería a que en el objetivo político o revolucionario de la Falange no se pactaría con otras fuerzas. El vicepresidente Fernández Miranda aclara esta cuestión señalando que en aquella estructura de entonces, con la división política de la derecha y de la izquierda que mantenían latente la guerra civil, la Falange no pactaría con ninguno de esos separatismos políticos; la Falange, por el contrario, aspiraba a ser un movimiento de integración nacional, superador de las viejas querellas y divisiones. Ha sido muy sutil la interpretación de Fernández Miranda, y sagazmente actual, porque no vaya a ser que nobles sentimientos falangistas nuevos, a fuerza de no querer pactar con nadie por el impulso revolucionario, vayan a aceptar una estructura liberal de partidos o de grupos que les permita resucitar su autenticidad en un marco que aspiró a destruir, y ofreció su vida por ello, José Antonio Primo de Rivera.

El otro asunto abordado por el vicepresidente del Gobierno es el de la célebre camisa azul y camisa blanca. Cuando hace cerca de cuatro años tomó posesión de la Secretaría General del Movimiento, apareció con camisa blanca y recibió no pocos reproches. En aquel tiempo no se vio con profundidad su actitud. Siempre entendí que no era un acto para deshacerse de símbolos o mortificar a nadie, que el nuevo ministro no podía cometer, por la tradición de sus ideas y servicios y por su propio buen gusto intelectual. Pensé en aquel tiempo que lo hizo para decir a todos los españoles que había una actitud abierta y no excluyente en el Movimiento, para recibir a todos aquellos que tuvieran una preocupación por adherirse o sumarse a la gran tarea nacional de hacer un país económicamente próspero, socialmente justo y políticamente habitable. Y esto se decía, precisamente, desde la histórica sede de Alcalá, 44.

Don José María de Arelliza, conde de Motrico, antiguo embajador de España en Argentina, Washington y París, político de lo que podríamos llamar una "oposición moderada", ofreció su coctel anual a muchos invitados. Tuve el honor de figurar entre ellos. Aparte del afec-

to personal a un personaje que conozco hace muchos años, tenía el deber de asistencia por las exigencias de esta sección. Era fácil imaginarse que sería un coctel político. Y no quedé defraudado. Allí estaba una muestra brillante de la España de las "opciones" (no creo que la España de las soluciones). Desde Fernández-Cuesta a Gil Robles; desde Tierno Galván a Antonio Garrigues; desde Cantarero al conde de los Andes; desde Solís a Ruiz Giménez; desde generales a librepensadores; desde oligarcas a revolucionarios. Aquello me pareció deslumbradoramente como el Palacio Esmeralda del Mago de Oz. No he visto un revoltijo mejor elaborado ni un pisto más picante. Faltaban solamente los chinos y los guerrilleros de Cristo Rey. Todos parecían altamente cordializados por el coctel;

pero si todas aquellas gentes —pensaba al salir— se desataran un buen día por la política y se fuera cada uno a su lugar, o cada mochuelo a su olivo, ¿serían tan conviviales? Eran a veces, exactamente, las mismas divisiones de aquella primavera de 1936. Había hasta supervivientes verdaderos. Si hubiera vivido Vallengano y estuviera allí, se me habría venido a la cabeza la reunión de la Diputación Permanente de las Cortes tras el asesinato de Calvo Sotelo. ¿Se puede creer en sus lavados de cerebro, en la superación de las espantosas querellas, en la sinceridad del abrazo y de la sonrisa de ahora, en la confianza amistosa y en la magia de Motrico? Castellana abajo me acordé de Larra, que nunca creyó en la muerte de los resentimientos de Cádiz, y nada le hubiera gustado más que hubieran muerto de veras. A mí también, con los resentimientos de 1936."